

La religiosidad del anciano

JOSÉ MANUEL SANCHEZ CARO

1 de febrero de 1992

INTRODUCCION

Las siguientes páginas son una reflexión sobre la religiosidad en el mundo de los ancianos. Una reflexión hecha desde quien no es médico, ni psicólogo, ni sociólogo, ni pedagogo, sino teólogo y especialista en los libros y el mundo de la Biblia. Parece conveniente, por tanto, exponer desde el principio lo que puede esperarse de una consideración de este tipo. Como es lógico, no se trata en estas líneas de aportar nuevos datos experimentales con su valoración técnica, sino de algo muy diferente, que podría expresarse del siguiente modo: cómo asimila un no especialista lo que psicólogos, pedagogos, médicos y sociólogos dicen sobre vejez y religión, cuando hablan de ello, que no es muy frecuente, según veremos enseguida. Y cómo se lo devuelve a ellos en una reflexión personal, que espero pueda ayudar modestamente a tener presentes algunas dimensiones de la vida de nuestros ancianos, que no suelen tratarse de manera habitual.

Para articular esta exposición, he partido siempre de la pregunta que me parece estar en el trasfondo de la cuestión planteada: ¿qué significado tiene la religiosidad en el anciano? ¿es positiva para una ancianidad más humana y digna? ¿es un mero refugio, cuando fallan otras cosas?. A partir de aquí, comienzo con una descripción de los dos términos con que se ha fijado mi trabajo (religiosidad y anciano), me pongo después a la escucha de lo que sobre este punto han dicho los especialistas en ciencias sociales, para dejar luego paso a lo que algunas religiones ofrecen a la vejez y los viejos a partir de sus propios planteamientos, concluyendo con una presentación de la

cuestión desde perspectivas cristianas y humanistas con unas pocas conclusiones prácticas que espero tengan algún interés.

1. ANCIANO Y RELIGIOSIDAD

Sobre lo que es un anciano, saben los especialistas en medicina y ciencias sociales mucho más que yo. No obstante, como el término es muy fluido y se puede describir a la luz de parámetros muy distintos (biológicos, psíquicos, social, jurídico-laborales, demográficos, etc.), no estará de más que fije mi posición concreta.

Comúnmente la vejez se describe, desde el punto de vista médico-psicológico, como un deslizarse lento pero irreversible hacia la decadencia, debido a un progresivo decrecimiento de las unidades funcionales por una disminución del número de células vivas, que ya no son activas para regenerarse. Dado ese trasfondo clínico, se comprende que en el viejo se den habitualmente debilitamiento vascular, limitación de reservas orgánicas, disminución de energía físico-mental, restricción de los intereses e iniciativas, detención notable de la evolución biopsíquica.

Una descripción semejante la hacía ya con mano maestra don Santiago Ramón y Cajal en uno de sus últimos libros, cuyo subtítulo es bien significativo, «El mundo visto a los ochenta años. Memorias de un arterioesclerótico», escrito en 1931. Y es la que se puede encontrar en cualquier manual o estudio medianamente especializado.

Así, por ejemplo la especialista en psicogeriatría, Rosa Fernández Herranz (1991), aunque esta vez en una revista no especializada en el tema, sino propia de mi ámbito como es *Concilium*, estudia el proceso médico del envejecimiento en general, teniendo en cuenta sobre todo lo que ocurre en la sociedad occidental. Su aportación consiste, dentro de su campo, en presentar las características del envejecimiento fisiológico y psicológico, los procesos patológicos más frecuentes (artrosis, hipertensión arterial, arterioesclerosis, etc.) concluyendo con una valoración del paciente geriátrico y una descripción de los aspectos preventivos y terapéuticos.

Pero esta concepción tradicional es quizá demasiado exclusivamente negativa, aunque sea justa desde el punto de vista médico. Se debe, a mi modo de ver, a haber tomado como norma de vida al joven o al adulto, sin investigar si la misma vejez puede tener una expresión propia de existencia humana. Cambios biopsíquicos y sociales se dan en cualquier período de la existencia personal, de modo que la persona humana se ve impulsada a buscar periódicamente un nuevo equilibrio dinámico. De aquí una pregunta que es preciso plantearse, haciendo el esfuerzo de contestarla: la condición del anciano, ¿hacia qué equilibrio orienta e impulsa? (Goffi 1984, 556).

Por otra parte, en la sociedad tecnificada occidental hay un factor que no puede dejarse de lado a la hora de reflexionar sobre la figura del anciano. Si escuchamos al sociólogo G. Hernández Rodríguez (1991), en su estudio sobre la demografía del envejecimiento, aprenderemos mucho los no especialistas acerca de los aspectos cuantitativos de la realidad social de la ancianidad y el envejecimiento. Observa este autor que el incremento de la población anciana en los países occidentales se debe al aumento de esperanza de vida y al descenso de los índices de natalidad y de mortalidad. Lo nuevo sobre todo es que son más los que llegan a esa esperanza de vida avanzada. Por tanto, población envejecida se corresponde con una sociedad que tiene altos niveles de desarrollo e industrialización y es eminentemente urbana. Aunque son datos comunes, recordemos solamente que, según su estructura demográfica, la ancianidad en Europa representa el 12.7% del total de la población (entre un máximo del 17.7% en Suecia y un mínimo del 4.1% en Turquía). Según un estudio proyectivo de la OCDE, en los países de occidente habrá naciones en las que los mayores de 65 años lleguen a ser en el primer cuarto del próximo milenio el 25% de la población. Todo ello nos sitúa ante la magnitud del problema.

Nos encontramos así con que el anciano en nuestro mundo occidental, en el que los modelos básicos de vida se centran en la productividad y la juventud, se siente aislado, retirado de la vida activa social y se enfrenta con su propia debilidad física, orgánica, psíquica, social y económica. Este es el estereotipo que nos ofrecen las ciencias sociales acerca del anciano con el que nos tropezamos todos los días en nuestra sociedad española y occidental.

Es de este anciano del que intento aquí describir cómo le afecta la religiosidad. Pero, ¿qué queremos decir con esta palabra?. Religiosidad viene de religión. Religión es la cualidad por la cual el ser humano se «religa», se une a lo trascendente, a Dios, entiéndase esta palabra y realidad como se entienda. La religiosidad, por otra parte, es la expresión, la manifestación de esa apertura a la trascendencia.

Naturalmente, esta apertura es muy variada. Se puede manifestar en creencias, prácticas religiosas, actitudes, sentimientos, experiencias, reflexiones... El estudio de la religión y de sus manifestaciones es hoy un campo profundamente especializado, y que cae bajo muchas ciencias de tipo histórico y social: la historia de las religiones, la sociología y la psicología religiosas, la fenomenología y la filosofía de la religión, la teología, etc. No es preciso aquí entrar en más averiguaciones. Nos baste recordar que la religiosidad del anciano es la manifestación de su propia religión mediante alguno de los modos antes aludidos. En este sentido, la religiosidad puede ser estudiada y, al menos en parte, medida desde fuera, aunque nunca se podrá medir la profundidad de la religión del sujeto, sino que habrá más bien que respetarla.

Esta actitud, que sabe y conoce los límites del conocimiento empírico de lo religioso y a la vez respeta las convicciones religiosas del sujeto, me parece la propia de un científico que tiene clara conciencia de los límites de su propio método, y de una persona respetuosa y tolerante con las convicciones de sus semejantes. Al percibir las manifestaciones religiosas de los ancianos, como de cualquier otra persona, tal es la actitud que se debe tener, aun cuando éstas no se compartan con él.

2. DATOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Con esa actitud me pongo a la escucha de lo que sobre religiosidad y ancianos ha sido dicho por las ciencias sociales. Pero es preciso hacer alguna observación previa.

Se debe tener en cuenta, sobre todo, que no he hecho una indagación exhaustiva sobre lo que en este campo se ha estudiado. Pero una inmersión a la búsqueda de estudios de este tipo, dentro de las posibilidades con que yo cuento en este momento, me ha llevado a constatar que no existen muchos trabajos de esta clase. Sólo una media página, y de no gran valor, es todo lo que he encontrado sobre religiosidad y ancianidad en un clásico cristiano de los años 60, la «Psicología de la religiosidad» de M. Mankeliunas. Nada absolutamente en la conocida «Psicología evolutiva del ciclo vital» de Carmelo Monedero (1986), ni en el estudio de Mishara y Riedel sobre «El proceso de envejecimiento» (1984). Nada de importancia en la revista especializada *Geriátrika*. Y, lo más sorprendente, porque se podía esperar lo contrario, ningún título sustancial en la «Bibliografía Psicológica» de Antonio Vázquez, un autor que, por ser especialista en psicología religiosa, parece que debería haber registrado los estudios existentes sobre este tema. De hecho, en su trabajo de 1983 no hay un solo título de peso sobre el asunto que nos ocupa, ni en el apartado «Psicología de la tercera edad» (33 títulos), ni en el de «Psicología religiosa de la edad evolutiva» (32 títulos), ni siquiera en el párrafo dedicado a la bibliografía sobre «Psicología religiosa y pastoral del adulto» (48 títulos). Por supuesto y como era de esperar, ninguna observación hay acerca de este asunto en la obra antes aludida de Ramón y Cajal. La conclusión provisional parecería inclinarnos a afirmar que el tema y el problema no interesan o, simplemente, no existen para las ciencias sociales.

Por fortuna no es así. Al menos algunos estudios tocan la cuestión. Me voy a limitar, puesto que es suficiente para nuestro objetivo, a tres concretos y recientes.

El primero es precisamente la tesis doctoral del Profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad de Salamanca Francisco Ramos, sobre personalidad, depresión y muerte (Madrid 1982).

De su notable trabajo me interesa sobre todo la relación entre religión y miedo/ansiedad ante la muerte. Resumiendo las aportaciones hechas desde la psicología experimental, constata Ramos que esas relaciones no parecen estar bien definidas. Hay estudios que muestran una relación positiva entre ambos factores, mientras que otros llegan a la conclusión contraria. La única idea que «parece confirmarse» en estudios posteriores es que los sujetos más religiosos tienen un nivel bajo de miedo/ansiedad ante la muerte. Además, de acuerdo con Ruhbach (1977), afirma: «Por último hay que apuntar que la actividad religiosa en las personas ancianas influye en su adaptación al envejecimiento. Parece ser que la falta de creencias religiosas produce incertidumbre» (Ramos 105-7).

Recojamos algunas otras conclusiones de este trabajo de psicología experimental. Según Ramos, diversos estudios han puesto de relieve que en la vejez existe un mayor interés hacia los valores espirituales y religiosos, sin embargo una evaluación acertada de estos aspectos es bastante compleja y requiere un diseño adecuado. En la muestra estudiada la mayoría de los ancianos confesaba pertenecer a la religión católica y, salvo por razones de fuerza mayor, no dejaban de asistir a misa los domingos, incluso buena parte de los sujetos afirmaban ir a misa todos los días (Ramos 273-5).

En el análisis de resultados de la encuesta llevada a cabo, afirma que «parece ser que los sujetos que creen simplemente en el más allá experimentan más ansiedad ante la muerte que los sujetos que tienen una visión religiosa de lo que acontece después de la muerte. Estos datos no apoyan la hipótesis habitual de que ciertos tipos de creencias, que presuponen que después de la muerte la vida continúa, pueden reducir el nivel de ansiedad ante la muerte, si bien matizan que las diferencias se encuentran precisamente entre las personas que creen que después de la muerte existe algo, siendo los sujetos que creen en un más allá vago y difuso los que manifiestan más ansiedad que los sujetos que tienen una concepción religiosa de lo que ocurre después de la muerte» (Ramos 315).

A nuestro efecto, todo esto se resume en la siguiente conclusión: «Entre los ancianos, los sujetos que creen simplemente en el más allá obtienen puntuaciones significativamente más altas en la escala de ansiedad ante la muerte, que los sujetos que tienen una visión religiosa de lo que acontece después de la muerte. Esto estaría en cierto modo de acuerdo con los resultados aportados por diversos investigadores (...), que han encontrado que la creencia en la otra vida reduce la ansiedad ante la muerte entre gente muy religiosa» (Ramos 479). Estas conclusiones contrastan con las que se sacan sobre el mismo tema en otras muestras analizadas, concretamente de universitarios y ATS, para quienes los datos de religiosidad no son significativos a la hora de medir la ansiedad ante la muerte.

Viene aquí a cuento, quizá, la observación de un viejo y sabio cristiano, J. Leclercq, quien en su ensayo sobre la alegría de envejecer

(1982, 76-78), afirma: «Se dice que los jóvenes no tienen conciencia clara de que van a morir. Saben que no son eternos, ningún hombre lo es, pero no lo saben por experiencia. Si no hubieran visto morir a su alrededor, si no lo hubiesen oído contar, no sabrían que iban a morir, pero este conocimiento es externo, no una conciencia de algo vivido. Se dice que la conciencia de la muerte - la conciencia de que se va a morir uno mismo - se instala en el hombre cuando éste va llegando a la edad madura porque la ve llegar, dándose uno cuenta de que hay algo que ya ha muerto en uno. (...). La vejez nos fuerza a mirar hacia el más allá, porque la vida presente ya no tiene porvenir. Según una expresión muy usada, el viejo posee más recuerdos que proyectos. Y llegamos a una edad en que no habrá más proyecto que el de conseguir vivir en las colinas eternas...».

Por su parte, el norteamericano R.A. Kalish (1983), a partir de un estudio sobre los ancianos en algunas comunidades americanas, especialmente de religión protestante, se ha hecho algunas preguntas que son pertinentes para nuestro caso: ¿Son las personas mayores más religiosas que las jóvenes? ¿Las personas, a medida que envejecen, se hacen más religiosas?. Su respuesta es muy matizada y nos previene de que aún no se ha podido llegar a una conclusión. Por ejemplo, la investigación obtiene resultados muy diferentes si definimos el término religioso en el sentido de asistir a la Iglesia o de creer en Dios. Recogiendo un estudio de Glock y Stark (1965) distingue cinco dimensiones de la religiosidad: prácticas religiosas, creencias religiosas, conocimiento religioso, experiencias religiosas, consecuencias de la vida religiosa para la vida personal y social. En su opinión, la asistencia a la Iglesia aumenta con la edad hasta los últimos años, momento en que empieza a disminuir gradualmente, probablemente debido a problemas de transporte, salud y dinero. Similarmente los compromisos activos para con la iglesia disminuyen uniformemente con la edad. Por otro lado, el oír misa por la radio o televisión, rezar, leer la Biblia y meditar, aumentan con la edad (cf. también Moberg 1971).

Si nos fijamos en todos estos datos, vemos que la práctica de la religión es mayor entre las personas mayores, y se seguiría aumentando si no hubiera limitaciones de dinero, salud y movilidad. ¿Cuáles de estas diferencias son el resultado de los cambios que tienen lugar con la edad y cuáles aparecen según la persona haya nacido en un determinado ambiente y en una determinada época? No se conocen aún; quizá ambos factores contribuyen a ello.

Los viejos también mantienen más creencias tradicionales religiosas que las personas jóvenes. Por ejemplo, la creencia en Dios y en la inmortalidad aparece en mayor medida entre los viejos (Moberg 1971). Pero los estudios sobre conocimiento religioso ofrecen resultados menos consistentes; los viejos aparentemente están mejor preparados en ciertos aspectos religiosos y los jóvenes están más informados en otros, si bien el conocimiento religioso es difícil de evaluar.

En otra perspectiva, muchas personas mayores experimentan los sentimientos religiosos, emociones, pensamientos, visiones, sueños, compartiéndolos con sacerdotes, parientes y amigos (Moberg 1971). De nuevo falta la evidencia concreta para sacar conclusiones; pero las impresiones clínicas recogidas sugieren que hay un aumento de estas experiencias con la edad.

Además, la relevancia de la religión y de la iglesia para los viejos va más allá del sistema de creencias individuales de las personas mayores. Un investigador preguntó a una muestra cuidadosamente seleccionada de personas mayores, acerca de los tipos de grupos a los que pertenecían (por ejemplo, grupos de veteranos, sindicato laboral, grupo de estudios) y su satisfacción vital. Encontró, no sólo que ser miembro de una iglesia estaba muy por encima de los diecisiete tipos de grupos enumerados, sino que fue el único relacionado con la satisfacción vital (Cutler 1976). No sabemos, desde luego, si la afiliación a determinada iglesia conduce a una mayor satisfacción vital o si las personas con una mayor satisfacción de vida son las que más acuden a la iglesia (o incluso si las personas que siguen a una iglesia tienen más posibilidades de exagerar su satisfacción vital), pero la relación entre ambas fue consistente.

En opinión de Kalish, y ésta es la conclusión de su trabajo, el rol de la iglesia al aumentar la satisfacción vital y el bienestar de los ancianos ha sido infravalorado. Retengamos una afirmación suya: «encuentro media docena de buenas razones para afirmar que la iglesia tiene ventajas con respecto a otras organizaciones al servicio de la vejez». Estas razones son las siguientes:

1. Una gran parte de las personas mayores tiene una historia en la que la religión y su parroquia son importantes; ambas son familiares para ellos y se sienten cómodos en la iglesia.
2. La misión de la iglesia es servir a las personas con independencia de sus edades, al contrario que algunas agencias que están enfocadas para niños o adultos más jóvenes.
3. El discutir problemas personales con el clero no es una indicación de «locura» o «inadaptación», sino que normalmente es un patrón más de la vida, como ver al asistente social o a un psicoterapeuta.
4. Estar con un miembro de la iglesia y contarle las preocupaciones o ansiedades, no se archiva en una carpeta oficial y no requiere dar explicaciones a los amigos de ello.
5. En los últimos años de la vida personal las cuestiones universales sobre el significado de la vida y la muerte se hacen más relevantes, y la idea del bienestar espiritual toma mayor significación.
6. Muchas personas mayores se sobreponen a situaciones de alta ansiedad por medio de la fe y de la creencia en un poder superior a ellos mismos (Kalish 1979b).

Finalmente, quiero aludir al estudio más reciente que conozco, el de la doctora alemana Martina Blasberg-Kuhnke (1991), pedagoga y teóloga católica, especializada en la tercera edad, conjunto poco frecuente. Recojo sólo algunos datos.

Al explicar por qué hay tan alta participación de la tercera edad en la vida parroquial, cita dos razones: las condiciones sociales en las que se han hecho mayores los hoy ancianos y la socialización de la tercera edad. Oigamos sus palabras:

«Respecto a la primera, la intensa participación de la tercera edad en la vida eclesial y parroquial, que se manifiesta tanto en su proporción elevada de alta asistencia a misa los domingos como también en su entrega y su confianza en la Iglesia y en su disposición al compromiso, es resultado de una socialización, en la que prácticamente socialización religiosa y social han coincidido casi del todo, de modo que la religiosidad se ha expresado de forma natural en una piedad intensa. Esto significa que la generación actual de los ancianos refuta la tesis, precipitada y defendida tenazmente, de que religiosidad y piedad son una característica propia de la vejez. La idea de que es sobre todo la proximidad de la muerte lo que lleva a los ancianos a un compromiso religioso intenso, como consecuencia de las investigaciones gerontopsicológicas, es insostenible».

Coincide eso con los resultados del estudio llevado a cabo ya en los años sesenta por Munnichs, quien demostró de modo empírico que la hipótesis de la finitud de la propia vida está estrechamente unida «a la auténtica religiosidad personal», en tanto que la religiosidad sólo raramente se ha mostrado como consecuencia del miedo a la muerte (1977, sobre todo 608).

Respecto a la segunda razón por la que existe una alta participación de los ancianos en la vida parroquial, afirma esta autora (Blasberg-Kuhnke 1991, 453-454) que las sociedades que presentan a sus miembros ancianos únicamente como individuos «sin rol» (*roleless role*), porque todos los sectores y funciones sociales importantes están reservadas *per definitionem* a los más jóvenes, obligan a los mayores a buscarse espacios que todavía les están abiertos. Sobre todo el alejamiento del trabajo y la vida de pensionista imponen a las personas mayores, que con frecuencia ni siquiera tienen todavía sesenta años, una ausencia de compromiso social, que no corresponde a su situación personal, pero que se considera indispensable sobre todo por razones económicas. No es sorprendente que estos individuos, definidos y estigmatizados como ya no deseados en sectores esencialmente sociales, tengan que recurrir con preocupación a aquellos pocos espacios en los que pueden seguir presentes. Aparte del sector del tiempo libre, éstos son sobre todo las iglesias (a las que por cierto, socialmente, se las considera en algunas ocasiones como un sector de tiempo libre). Así, resulta comprensible que se centren en las parroquias, por su situación singular de punto de encuentro entre la vida pública y la privada, las especiales expectativas de los mayores y los ancianos a ser atendidos y cuidados y a tener oport-

tunidades de participación, que de lo contrario con mucha frecuencia les han sido arrebatadas y les están impedidas. Aunque gran parte de lo dicho se da también en España, notemos sin embargo que la autora habla de la realidad actual alemana.

La conclusión provisional de estos trabajos, a mi juicio, es que la religiosidad adquiere caracteres maduradores de la persona entre los ancianos, cuando se ha vivido de manera consciente y personal con anterioridad. Y que la proximidad de la muerte no es, por sí misma, un factor que desencadene la religiosidad, si bien ésta, cuando ha sido maduramente asumida, ayuda a enfrentarse con ella. Por otra parte, en algunos casos, determinadas conexiones con ambientes religiosos ofrecen ámbitos de participación social a los ancianos, ámbitos que les son en general beneficiosos, pues les ayudan a equilibrar su vida y a encontrarla un sentido, cuando éste se les niega en otros muchos ámbitos sociales.

3. LAS RELIGIONES

Aunque sea someramente, recojamos ahora unos pocos datos que ponen en relación a algunas religiones con los ancianos, subrayando sobre todo cómo les consideran y qué papel desempeña la religión en sus vidas.

A partir del trabajo de la doctora y monja benedictina Mary John Mananzan (1991), filipina, sobre religión, cultura y vejez, podemos conocer varias concepciones culturales y religiosas del anciano en las culturas asiáticas: mongoles del norte de Asia, Japón, India, Malasia, Filipinas. Entre las conclusiones de su informe, interesa lo siguiente para nuestro caso:

1. En todos los casos se da gran importancia a la familia, aunque ésta, por supuesto, es concebida de muy distintas maneras;
2. En todas ellas se mantiene una actitud positiva respecto a la vejez, influyendo notablemente en la manera considerar el papel de la ancianidad en el conjunto de la vida familiar y social. Según constata esta autora, «las actitudes de los asiáticos ante la vida, generalmente no materialistas, fomentan el personalismo; ... para los orientales es impensable, independientemente de lo agobiados de trabajo que estén, desatender a los parientes moribundos»;
3. Todas las religiones tienden a inculcar a sus adeptos una actitud positiva ante la muerte; los budistas la consideran como un tránsito hacia el Nirvana; los hinduistas, como la posibilidad de renacer en una casta superior; para los cristianos abre el acceso al mundo del espíritu. Esta visión capacita en cierto modo a los viejos para aceptar su muerte con serenidad y en paz, e incluso con expectación y esperanza.

También la Biblia ofrece, como era de esperar, algunas observaciones de interés. Me restrinjo aquí a la Biblia hebrea, aceptada tanto por la religión judía, como por el conjunto de confesiones cristianas. Especialmente, recojo tres observaciones de interés capital ofrecidas por el biblista Martin-Achard (1991), completadas con algunas observaciones personales.

1. Para la Biblia hebrea la vejez es un don de Dios. Pero no cualquier vejez, sino la que mantienen las cualidades vitales del ser humano. Como no podía ser de otra manera, la Biblia conoce los achaques del viejo. Recuérdense el famoso pasaje del libro del Eclesiastés, donde se exhorta al joven a valorar la vida como don de Dios frente a las dificultades de la vejez futura, descritas con vivas imágenes, y que no me resisto a transcribir:

«Acuérdate de tu Hacedor durante tu juventud,
antes de que lleguen los días aciagos
y alcances los años en que dirás: «No les saco gusto».
Antes de que se oscurezca la luz del sol, la luna y las estrellas,
y a la lluvia siga el nublado (*descripción del invierno palestino*).
Ese día temblarán los guardianes de casa (*brazos*)
y los robustos (*piernas*) se encorvarán,
las que muelen (*muelas y dientes*) serán pocas y se pararán,
las que miran por las ventanas (*ojos*) se ofuscarán,
las puertas de la calle (*oídos y boca*) se cerrarán
y el ruido del molino se apagará,
se debilitará el canto de los pájaros, las canciones se irán callando,
darán miedo las alturas y rondarán los terrores (*mareos y enfermedades*).
Cuando florezca el almendro (*cabellos blancos*)
y se arrastre la langosta
y no dé gusto la alcaparra,
porque el hombre marcha a la morada eterna
y el cortejo fúnebre recorre las calles.
Antes de que se rompa el hilo de plata
y se destroce la copa de oro
y se quiebre el cántaro en la fuente
y se raje la polea del pozo (*imágenes de la muerte*)
y el polvo vuelva a la tierra que fue
y el espíritu vuelva a Dios que lo dio» (Eclesiastés 12, 1-7).

En toda la Biblia, la prolongación de los días es signo evidente de bendición divina. Pero no de cualquier vida, según acabamos de ver. Con palabras de Martin-Achard, «la vida, para la Biblia hebrea, es de hecho inseparable de lo que hoy se llama «calidad de vida». La existencia auténtica, tal como Dios la ha querido para su criatura humana, no puede darse en el dolor y la humillación, en la miseria y la soledad, en el pecado y la injusticia...» (Martin-Achard 1991, 395). De hecho, en la Biblia siempre se considera como bendición de Dios

el anciano de muchos días que no ha perdido el vigor de la vista ni de otras partes del cuerpo.

2. La segunda observación parte del clásico mandamiento del Decálogo: «Honra a tu padre y a tu madre», que tiene varias interpretaciones interesantes. Recordemos sus dos formulaciones en la Biblia: «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se prolonguen sobre la tierra que el Señor tu Dios te da» (Exodo 20,12); «Honra a tu padre y a tu madre, como te ha ordenado el Señor tu Dios, para que tus días se prolonguen y seas feliz en la tierra que te da el Señor tu Dios» (Deuteronomio 5,16).

En ambos casos se pone en relación la atención a los padres con la prolongación de la vida, concedida por Dios. De hecho, una interpretación posible, aunque no única, de este mandato, pone de relieve que los hijos han de hacerse cargo de los intereses de los padres, cuando éstos ya no son capaces de hacer algo útil. Recordemos en todo caso que el verbo «honrar» utilizado en la Biblia hebrea significa respetar al prójimo, darle lo que es debido, reconocer el lugar que le corresponde en el seno de la comunidad, con todas las implicaciones que de ello se derivan (Martin-Achard 1991, 399).

3. Hay un tercer aspecto propio de la Biblia, centrado esta vez en la sabiduría y la esperanza. «Un profeta anónimo, cuyo testimonio fue recogido en el libro de Isaías, evoca el futuro destino de Jerusalén en un mundo recreado por Dios, así como la felicidad de sus habitantes: 'No habrá ya allí ni niño pequeño arrebatado a los pocos días, ni viejo que no llegue a cumplir sus días; el más joven, en efecto, morirá centenario ...' (Isaías 65, 16-25). En la ciudad destinada al gozo, la muerte no habrá desaparecido del todo, pero su incidencia se ve tan lejana que en modo alguno impedirá a los elegidos de Dios vivir la serenidad y la alegría. Es como si el privilegio de los patriarcas se hubiera extendido a todos» (Martin-Achard 1991, 401). Es decir, que el don de una vejez serena, plena de sabiduría y con la esperanza siempre joven, es en cualquier caso un don de Dios, no una pura conquista humana.

Todos estos datos recogidos deben valorarse en el contexto de una cultura religiosa, la israelita, que no tiene del todo clara la visión de otra vida más allá de ésta. Por lo demás, la plenitud de la vejez es algo que se va conquistando desde la juventud, como pone de relieve este pasaje sapiencial:

«En la juventud no has hecho acopio,
¿cómo quieres encontrar en la vejez?
¡Qué bien sientan a las canas el juicio
y a los ancianos saber aconsejar!
¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría,
el consejo y la prudencia a los hombres venerables!
La experiencia es corona de los ancianos,
y su orgullo es la veneración del Señor» (Eclesiástico 25, 3-6).

En la Biblia cristiana, que incorpora las palabras y hechos de Jesús de Nazaret, todos estos valores se acogen con normalidad, pero añadiendo además la perspectiva de otra vida, conquistada por Jesucristo, quien asume en la cruz la angustia ante la muerte, pero abre a la vez la perspectiva de una resurrección plena. Estos datos básicos, junto a la valoración de toda vida, especialmente de la vida humana, como don de Dios configuran el puesto de los ancianos en la religión cristiana, según intentaré exponer a continuación.

4. PLANTEAMIENTO DESDE LA RELIGION CATOLICA

Con la brevedad del caso y teniendo estos datos en la mano, expongo ahora lo que podría ser un planteamiento de las relaciones entre religiosidad y vejez desde una perspectiva humanista y cristiana, católica en concreto, que intenta ser a la vez respetuosa con los datos científicos y culturales.

Siguiendo una sugerencia de Goffi (1984), quien reflexiona sobre el anciano a partir del hecho incontestable de que la vida del hombre se realiza en el tiempo, podemos aceptar que la plenitud del ser humano se establece con la presencia simultánea del pasado, el presente y el futuro. Desde esta perspectiva temporal, el ideal humano sería el de aquel hombre que pudiese gozar de la experiencia del pasado en el presente, con una perspectiva clara y plenificadora para el futuro. Tener todo el conocimiento, la experiencia y la sabiduría de las generaciones pasadas como algo disponible en un presente, abierto siempre y sin límite a futuras tareas y a una esperanza sin sombra, no cabe duda que sería el ideal de hombre y mujer siempre en plenitud. Pero esto es imposible que se dé simultáneamente en una persona, como muestra la historia conocida y la experiencia personal.

Por eso, cada etapa de la vida desarrolla una de estas dimensiones de manera preferente. Los jóvenes tienen encomendado de manera especial la ruptura con el presente, para abrir caminos al futuro. La edad madura es el tiempo del presente fructífero, que sólo puede afrontarse con un cierto bagaje de experiencia y una perspectiva aún abierta de futuro. A los ancianos se les asigna sobre todo la tarea de transmitir los valores conquistados en el pasado. Así pues, en medio de la comunidad humana, el anciano es testigo de cuanto ya ha sido vivido.

Pero esto, que, dentro de nuestras inevitables limitaciones temporales es un bien en sí mismo, hoy se ve menguado por una doble realidad. Los recuerdos, el saber, nos vienen de las computadoras y de los libros, de las universidades y de las técnicas, no de los viejos. Por otra parte, en el viejo se pueden advertir determinadas dificultades para moverse en cualquiera de esa triple dimensión personal. Desde una perspectiva individual, en el presente aparece ansiedad

ante posibles o reales enfermedades. Con relación al futuro se ve afectado por cierta limitación de intereses y una abierta hostilidad, en no pocos casos, hacia las novedades (conservadurismo reforzado). Unase a esto cierta pérdida de los influjos armonizadores de sus rasgos caracteriales y una clara disminución de las aportaciones y modulaciones de experiencia interior, que potencian un retorno al pasado como refugio, es decir, no tanto para enriquecer el presente con su experiencia, sino más bien para buscar en el mismo la cercanía huidiza de que se es y se continúa siendo una persona valiosa.

Si a esto añadimos que, desde el punto de vista de su consideración social, el anciano no encuentra ya sitio en el presente, pues se le retira del trabajo, se le jubila, por motivos económicos independientemente de su estado de salud y su capacidad de rendimiento, carece por lo mismo de una clara perspectiva de futuro y nadie valora sus recuerdos del pasado, tendremos el claro retrato del anciano de nuestras sociedades occidentales de hoy día: un anciano al que se le ha privado de presente (no es protagonista) y no tiene futuro (su vida se acaba), reduciéndose él mismo a un pasado propio, que no interesa a nadie.

Concentrándonos ahora en el plano social y psicológico, y aceptado el planteamiento que acabo de hacer, a mi juicio la religiosidad sería beneficiosa, como quizá otras actitudes y aportaciones humanas, si aporta al viejo, primero, una razón de futuro; después, si le ayuda a enriquecerse en el presente. Y todo esto, sin que pierda su querido pasado, tratando incluso de darle un valor nuevo y hacerle útil. Naturalmente, prescindo aquí de otros aspectos religiosos interiores, así como de lo que una espiritualidad cristiana puede aportar a la persona integral del anciano. Esta dimensión es la propia del creyente y no cae en este momento bajo nuestra indagación. Lo que aquí intento buscar es el beneficio que una religión como la cristiana, que se desarrolla dentro de nuestros parámetros culturales, puede aportar para una vida más plena del anciano desde las exclusivas perspectivas sociales, psicológicas e incluso médico-sanitarias. Con referencia a la religión cristiana, y concretamente al catolicismo, me parece claro que algo puede ofrecer en este campo.

En primer lugar, ayuda al anciano a situarse en su presente desde una doble perspectiva: personal y social. Como persona le ayuda a comprender la debilidad propia de su edad, no con pura resignación, sino como participación en el modelo que es Cristo, según el cual la muerte es anticipo de vida. Es decir, las limitaciones del anciano son asumidas con realismo, pero a la vez adquieren un sentido, en cuanto que no son la etapa definitiva y final, sino un paso para abrirse a otra situación de futuro. En este campo, la espiritualidad cristiana tiene un reto importante y tiene que ser ayudada por una concepción psicológica y pedagógica del anciano como un estado humano que tiene sentido por sí mismo, no como un producto final de deshecho en relación con el joven o el adulto. Más difícil es crear

esta convicción socialmente. Pero es también, qué duda cabe, una tarea que merece la pena.

Como persona inserta en el presente en un ámbito social, las iglesias deben habilitar ámbitos humanos de relación y convivencia en los que se cuiden las dimensiones humanas y espirituales del anciano. Esta observación nos indica que quizá se deban revisar algunos planteamientos de residencias de ancianos dirigidas por instituciones religiosas, concebidas como puros lugares de «aparcamiento» de personas, aunque esto se haga con mucha dedicación y afecto. Y lo mismo se diga acerca del posible aprovechamiento de las energías de muchos ancianos en tareas de asistencia y colaboración de las parroquias, al menos mientras tengan suficientes energías para ello. En todos estos casos la iglesia colabora indudablemente a la humanización del ámbito social en que se desarrolla la vida del anciano, humanización que debe presidir también las realizaciones de la asistencia pública.

Desde el punto de vista del pasado, la religión y concretamente la Iglesia católica puede colaborar a vivificar los recuerdos del pasado de los ancianos, haciéndoles, mientras ello sea viable, transmisores de la fe en la comunidad cristiana. La colaboración de los mayores en determinadas actividades catequéticas, en visitas parroquiales a personas, en movimientos de ancianos, es algo que la parroquia y otras instituciones similares deben cuidar con esmero. Pero además, para evitar que el anciano se cierre en sí mismo con sus propios recuerdos inamovibles, se debe reforzar desde el punto de vista de la actuación social el esfuerzo por insertarles en ámbitos familiares, por estimular la convivencia de ancianos con niños y jóvenes, por evitar una separación total de los ancianos y los otros grupos humanos de la sociedad.

Desde el punto de vista del futuro, la dimensión trascendente de toda religión, y especialmente de la cristiana, le puede ayudar a enfrentarse con el pensamiento de la muerte en un ámbito espiritual, que contribuya a evitar la ansiedad que suscita, dentro de la medida de lo posible. Ese ámbito, como han subrayado muchos autores y los mismos ancianos escritores, es el de un cultivo de la reflexión y la contemplación, que permite meditar serenamente las realidades últimas de la vida. Por supuesto, esta capacidad y este ejercicio de contemplación no son algo que se improvisa, sino que debe ser cultivado desde la madurez de la vida, reservando en medio del tráfago del trabajo y los miles de ocupaciones que tiene en ese momento un tiempo para pensar y reflexionar sobre los hechos que le acontecen. Como afirman Bianchi y Oppenheimer esta práctica de la contemplación es capaz de crear en los ancianos, hasta cuando ello sea posible, una actitud altruista ante la vida y quizá una especial apertura a las grandes cuestiones de la humanidad en este momento, como son los problemas ecológicos, los que producen el hambre y la injusta distribución de las riquezas y otros muchos.

He aquí unas líneas de colaboración de las iglesias, y concretamente de la Iglesia católica, que deberían ser estimuladas por todos, al menos, naturalmente, para aquellos ancianos que se declaran creyentes. Estoy seguro de que en este campo la colaboración entre instituciones religiosas, médicos, psicólogos, pedagogos, asistentes sociales y sociólogos no puede por menos de ser beneficiosa.

5. CUATRO SUGERENCIAS PARA TERMINAR

Concluyo esta exposición con cuatro sugerencias a aquellos que trabajan en el mundo de los ancianos desde su actividad profesional y su compromiso sanitario y social. Sugerencias que no me atrevo a llamar consejos y que son casi impertinentes, porque están dados por quien tiene menos experiencia que ellos en este mundo. Espero, al menos, que puedan servir como punto de partida para seguir discutiendo este importantísimo problema de nuestra sociedad española y occidental.

1. Aunque sólo sea desde una perspectiva funcional, la religiosidad del anciano, si se entiende y se enfoca bien, puede ser una buena ayuda en la elevación de la calidad de vida del anciano. Por tanto, conviene respetarla y cuidarla.
2. Es muy conveniente una colaboración interdisciplinar entre médicos, psicólogos, etc. y religiosos/as y capellán en centros residenciales. Probablemente este personal deba ser formado de manera más completa. Pero la sinergia de todos será más útil a los ancianos y es conveniente por tanto fomentarla.
3. Es preciso que hagamos un esfuerzo en nuestra sociedad por considerar al anciano como un ser humano que tiene razón de ser y dignidad por sí mismo, no en referencia a jóvenes y adultos. Y esto es tarea de la gerontología de corte humanista. La religión cristiana puede ayudar a ello. Todos tenemos, por tanto, que estar abiertos a una colaboración interdisciplinar mutua.
4. En todo caso, el anciano, la anciana es una persona que conserva toda su dignidad y merece todo nuestro respeto, sea creyente o no lo sea. Debemos aprender a respetar también las manifestaciones de religiosidad de los ancianos, aunque no las compartamos, aunque no nos gusten, aunque choquen con nuestra manera de ver la vida.

Por eso quiero terminar con unas palabras de Cicerón, que escribió un bellissimo libro sobre la vejez cuarenta años antes de nuestra era. Sus palabras, escritas a los sesenta y dos años, cuando en aquel tiempo se era ya plenamente viejo, no deberíamos olvidarlas ninguno de los que tratamos con nuestros queridos abuelos y abuelas:

Dice Cicerón: «Y si yerro en pensar que las almas humanas son inmortales, yerro de buena gana, y no quiero que mientras viva se me saque de este error en el cual me deleito; y si, una vez muerto, nada sintiese (como piensan algunos filósofos insignificantes), no temo que los filósofos se rían de mi error, pues estarán ya muertos» (*De Senectute*, XXIII, 85).

BIBLIOGRAFIA BASICA UTILIZADA

- Ramón y Cajal, S. (1952), *El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico*, Buenos Aires: Espasa.
- Mankeliunas, M. V. (1961), *Psicología de la religiosidad*, Madrid: Religión y Cultura.
- Guardini, R. (1963), *Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung*, Wurzburg: Werkbund.
- Munnichs, J. M., *Die Einstellung zur Endlichkeit und zum Tod*, en Thomaes, H., y Lehr, U. (eds.), *Alternprobleme und Tatsachen*, Wiesbaden, sobre todo 608.
- Berzosa Zaballos, G., *La tercera edad, tiempo para vivir*, Madrid: Promoción y desarrollo s/f, 1-14.
- Ramos Campos, G. (1982), *Personalidad, depresión y muerte*. Tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense.
- Leclercq, J. (1982), *La alegría de envejecer*, Salamanca: Sígueme.
- Rahm, H. J., y Lamego, M. J. R. (1983), *Vivir la tercera edad en la alegría del espíritu*, Madrid: Sal Terrae.
- Kalish, R.A. (1983), *La vejez. Perspectivas sobre el desarrollo humano*, Madrid: Pirámide.
- Vázquez Fernández, A. (1983), *Bibliografía Psicológica*, en *Temas de Psicología*, Salamanca: Universidad Pontificia.
- Goffi, T., *Vejez*, en Ancilli, E. (1984), *Diccionario de Espiritualidad*, vol. III, Barcelona: Herder.
- Monedero, C. (1986), *Psicología evolutiva del ciclo vital*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Mishara, B. L., y Riedel, R. G. (1986), *El proceso del envejecimiento*, Madrid: Morata.
- Sáez, N., y Vega, J. L. (1989), *Acción socio-educativa en la tercera edad*, Barcelona: CEAC.
- Herce Mendoza, J. M., *Cicerón o el arte de envejecer*, *Geriátrika* 7, 1991, pp. 239-242.
- La tercera fase de la vida*, número monográfico de *Concilium* 235, 1991, pp. 353-521. Los estudios más interesantes son los siguientes:
- Fernández Herranz, *Aspectos biomédicos del envejecimiento*, pp. 359-66.
- Hernández Rodríguez, G., *Demografía del envejecimiento*, pp. 367-75.
- Von der Lieth, E., «... Otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21, 18)', pp. 377-85.

- Martin-Achard, R., *Perspectivas bíblicas sobre la vejez*, pp. 393-492.
- Oppenheimer, H., *Reflexiones sobre la experiencia de envejecer*, pp. 403-12.
- Bianchi, E. C., *Una espiritualidad de la vejez*, pp. 429-39.
- Burghardt, W. J., *Vejez, dolor y muerte: una perspectiva cristiana*, pp. 441-49.
- Blasberg-Kuhnke, M., *Los ancianos en la Iglesia: una opción subjetiva por la tercera edad*, pp. 451-61.
- Mananzan, M. J., *Religión, cultura y vejez: perspectivas en Asia*, pp. 463-474.

SUMMARY

The following are a reflection on religiousness in the world of old people by a theologian and Bible specialist who tries to listen attentively to the observations of specialists in social and human sciences. He begins by posing the questions which seem to lie behind the issue: What meaning has religiousness in the old person? Is it a positive contribution to a more human and dignified old age? Is it a mere refuge when other things fail? Starting from here, he goes on to give a description of the key words around which this essay centres— «religiousness» and «old person». Then we hear what the social science specialists have to say on this point. This leads on to what some religions offer to old age and old people from their own way of seeing the problem. He concludes with the presentation of the problem from christian and human perspectives and gives some practical conclusions.